

Resistencia humanitaria frente a la despersonalización tecnológica en redes sociales

Mg. Juliana Triana

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

Cada vez importa menos si en las historias de Facebook, Instagram o TikTok se presentan situaciones o hechos verdaderos, y si quien los comunica es una voz real o una creación de la llamada inteligencia artificial.

El ansia de los productores de contenidos por lograr likes y vistas, unida a la experiencia de vacío de muchos de sus consumidores, hacen que el entretenimiento y no la comunicación de experiencias sea lo vital en el mundo digital. Así, se trivializan situaciones de conflicto armado, confrontaciones entre naciones, trata de personas, atentados contra el medio ambiente, produciendo contenidos sensacionalistas que cada vez más desligan a las personas, no de la realidad, sino del compromiso que se tiene en la transformación de la misma.

Sin negar que existe contenido digital positivo que mueve a la reflexión, la mayor parte de las propuestas enaltecen una visión de la vida y del ser humano desde lo más degradante y despersonalizante. Y, detrás de todo ello, siguen quedando invisibilizadas tantas personas con sus realidades a las que es preciso acercarse para dar una respuesta de esperanza. Dice el Papa Francisco en el número 147 de *Fratelli Tutti*: “Reconozcamos que una persona, mientras menos amplitud tenga en su mente y en su corazón, menos podrá interpretar la realidad cercana donde está inmersa.” El Papa afirma esto a la luz de la Sagrada Escritura, que nos recuerda que es desde el reconocimiento del otro como alguien totalmente diferente de mí y con derecho a ser y existir en plenitud, que se logra abrir la mente y el corazón para proyectar la vida más allá de la superficialidad y contemplar la complejidad de la realidad en la que se habita para tomar parte en su construcción y transformación.

El texto sagrado no nos dirá si la inteligencia artificial es buena o no, o si el uso de redes sociales es válido en nuestras sociedades, pero, sin duda, nos ofrece claves de discernimiento para que, independientemente de la época y su situación tecnocientífica, optemos siempre por todo cuanto favorezca la dignidad humana.

Desde esta perspectiva, permitámonos caminar con Jesús por la región sirofenicia como una experiencia paradigmática de aprender a entablar otro tipo de conversaciones en las cuales todos resultamos transformados; y, lo más importante, donde aprendemos a darle nombre a aquello que necesita ser visibilizado para que la dignidad humana no se vea atropellada.

La mujer siro-fenicia, la “extraña” que solicita amistad a Jesús

El evangelio de Marcos nos ofrece un relato que quedó impreso en la memoria de los seguidores de Jesús y que, posteriormente, fue compartido con todos los que se unieron a la comunidad pospascual. Se trata de un episodio en el que una mujer pagana le ganó un debate teológico a Jesús, obtuvo un milagro y provocó que él cambiara su postura frente a todos aquellos que no compartían la fe de Israel y pasara de ser reservado a ser totalmente abierto y solidario con ellos.

El episodio quedó fijado por la comunidad marcana en Mc 7,24-30:

24 Jesús partió de allí y se fue a la región de Tiro. Entró en una casa y, aunque no quería que la gente lo supiese, no logró pasar inadvertido. 25 En seguida, una mujer que había oído hablar de él, y cuya hija estaba poseída por un espíritu inmundo, vino y se postró a sus pies. 26 Esta mujer era griega, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio. 27 Él le dijo: «Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» 28 Pero ella le respondió: «Sí, Señor. Pero también los perritos comen bajo la mesa migajas de los niños.» 29 Él, entonces, le dijo: «Por eso que acabas de decir, puedes irte; el demonio ha salido de tu hija.» 30 Volvió a su casa y encontró que la niña estaba echada en la cama y que el demonio se había ido.

Primero, la ubicación del relato es sugerente. En los capítulos precedentes, Jesús estaba en Galilea y su ejercicio de fraternidad había estado encaminado a movilizar en los suyos una compasión hacia los enfermos, pecadores y vulnerables de la región. Acción que contrastaba fuertemente respecto al comportamiento de ciertos maestros de la ley y fariseos, quienes marginaban y rechazaban a personas que no estaban dentro de sus estándares de pureza ritual (Cf Mc 2, 6-8; 2, 16-17; 2,18; 2,23-28; 3,1-6; 3,22-30).

En 7,1-13 Jesús tiene una confrontación fuerte con los fariseos y los escribas respecto a las normas rituales sobre la pureza y les echa en cara su hipocresía, pues con sus tradiciones “anulan la Palabra de Dios”. En los vv. 14-23, en tres ocasiones, Jesús reitera que la impureza del hombre viene de dentro, de todo cuanto anida en su corazón. La impureza no viene de “fuera” ni por lo que se “come”.

Inmediatamente después, Jesús va a la región de Tiro, donde tiene el encuentro con la mujer sirofenicia.

Las perícopas que siguen al episodio en mención muestran a Jesús que continúa desplazándose por regiones paganas, hasta llegar, en 7,31-37, a la Decápolis, donde cura a un sordomudo.

A continuación, en 8,1-10, sucede la segunda multiplicación de los panes, la cual acontece en territorio gentil.

Casa, gentiles, pan, entrega y liberación, son elementos comunes en esta secuencia, donde el encuentro entre Jesús y la mujer sirofenicia constituye una especie de puerta que conduce a un horizonte nuevo del mesianismo de Jesús.

Los criterios de pureza/impureza son redimensionados; se reitera que el foco de impureza que distancia de Dios no es la comida, ni el territorio, ni las personas: el corazón del ser humano puede ser la sede del amor más radical o de la acérrima apatía.

El desafío de dar clic en “Aceptar solicitud”: romper con las fronteras

Para los judíos más observantes la única tierra buena y pura era Israel, fuera de ella solo hay maldad, impureza. Incluso, los judíos de la diáspora eran observados con cierta sospecha por los de corrientes más ortodoxas.

Jesús era galileo y si bien era hijo de su cultura donde la experiencia religiosa no estaba marcada por el rigorismo cultural de Judea, estaba influenciado por el pensamiento judío de sentirse diferente y superior a los demás pueblos.

Jesús cruza una frontera geográfica, que también puede comprenderse como un desplazamiento a nivel de fe. Este paso de frontera lo deja expuesto: llega a una región que cuenta un largo historial de confrontaciones con Israel. Al parecer, Jesús llega a la zona rural de Tiro, donde conviven judíos pobres que trabajan, en condiciones difíciles, para gentiles con mayor capacidad adquisitiva.

Estando en aquel lugar, Jesús ingresa a una casa, con seguridad, de algún judío campesino y pobre. Estando allí, una mujer se entera de su llegada y de todo cuanto se dice de él. La descripción que se hace denota que es gentil, de cultura griega, de la región siro-fenicia.

¿Era una mujer rica? Algunos investigadores como Porter, Kraig y Theissen plantean que al indicar que era de cultura griega, probablemente pertenecía a un nivel social de cierto estatus, y conocía aquella lengua, algo que no era común en las culturas más

populares. Es sugestivo al respecto el uso en el texto de la palabra *kliné* para nombrar la cama en la cual estaba acostada la hija de la mujer, pues la palabra alude a una cama elegante; en este lugar Marcos no usa *krábatos*, vocablo para designar una cama más sencilla y movable.

La actitud de la mujer cuando llega a la casa donde estaba Jesús denota que reconocía a éste como alguien superior a ella. La mujer sabía que estaba en desventaja y aun así se arriesga a pedir ayuda para su hija, a pesar de estar más propensa a recibir un insulto por ser mujer, pagana y probablemente, sin marido, que no es nombrado en la escena.

Podemos ver, entonces, que tanto Jesús como la mujer han cruzado un umbral, ambos están en un territorio de frontera fuera de los “conceptos de siempre”, para contemplar algo nuevo.

Una situación similar toca afanosamente nuestra realidad. El espíritu inmundo del odio que engendra injusticia, corrupción, maltrato y muerte no da tregua, junto con el espíritu de la banalidad del placer por el placer, está destruyendo el presente de los más vulnerables, ignorándolos, impidiéndoles proyectarse hacia un futuro con tranquilidad.

Esta mujer sirofenicia puede hablarnos hoy a través de todo lo que nos parece interesante, pero aún no vemos como parte de nosotros. El clamor de la mujer nos puede estar llegando desde cada hora dedicada a ver reels, historias, videos o memes en redes sociales. Se trata de tener los ojos, oídos y brazos bien abiertos y dispuestos a acoger a quien nos busca, pues el nuevo germen de la sociedad, representado en la pequeña niña debilitada por el mal, merece y necesita vivir.

La sirofenicia “sigue” las redes de Jesús

Ahora ambos ven sus publicaciones y deben afrontar los prejuicios.

Esta mujer era griega, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio. Él le dijo: «Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». (Mc 7,26-27)

El texto abre el suspenso.

¿Qué hará Jesús? ¿La ayudará como ha ayudado a otras mujeres en su tierra?

El narrador nos sumerge en el único problema que tiene esta persona para venir ante Jesús: ser mujer griega, de otra lengua, de costumbres diferentes a Israel. Pareciera que en la escena sólo están Jesús y la mujer, pues nadie interviene, nadie da su opinión, nadie dice si está bien o mal hacer algo por ella.

Jesús responde con una disculpa diplomática, que corresponde a lo “habitual” de su propia cultura, y el razonamiento es más o menos el siguiente: la mujer, al no ser de Israel, no es hija, es “perro”; aunque Dios en los profetas anunció que atraerá a todas las naciones hacia Sión, en la distribución de sus bondades existen jerarquías que se deben respetar. Primero los del pueblo, y luego los demás, que, no son “perros”, sino “perritos”.

Hoy en día, estamos sumergidos en un sistema en el que se ha demarcado quiénes son los importantes y quiénes no, y desde diferentes flancos se suscitan acciones para que seamos empáticos con unos y evasivos y desconfiados con otros. Esta sociedad nos sumerge en una hipnosis para hacernos creer que el consumismo, la vulgaridad, el morbo y el poder del dinero son la “carne de nuestra carne y los huesos de nuestros huesos”, y nuestros sueños quedan reducidos a cuanto la hipnosis nos induzca a ver.

De esta manera, se deja oculta a la gran parte de la humanidad, a la que es más auténticamente carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. Poco se habla de los campos de refugiados en Siria o de los niños esclavos en minas africanas que extraen de la tierra la materia prima para que ustedes y yo tengamos los celulares de última gama. Poco se habla de las mujeres de todas las latitudes que están en peligro de ser asesinadas por sus parejas, o de las niñas que han sufrido violaciones sistemáticas por miembros de su familia. Nadie discute con seriedad el mercado de los cuerpos en internet o en la vida no-virtual, donde una persona vale más estando muerta que viva.

Esta afectación en el macrosistema, se replica de forma sorprendente, desde las redes sociales, en las familias, los grupos de amigos, los vecindarios, los círculos de colegas, las instituciones educativas y los grupos religiosos, donde también hay personas visibles y otras invisibles, unas que reciben un mejor trato que otras y acaparan más recursos. Lamentablemente, hemos normalizado este tipo de actos.

Ver el contenido del otro: Dejarse transformar por la fraternidad que apremia

Yahvé y la mujer sirofenicia se confabularon. En una muestra de tremenda astucia, como es propio del genio femenino, la mujer llevó a Jesús a un nuevo planteamiento. La expresión del rabí de Galilea daba la impresión de no querer dar o arrojar un pan a un perro callejero. La mujer le ayuda a Jesús a tomar conciencia que no están en la calle, sino al interior de la casa. ¿Cómo ocurre esto? La sirofenicia le habla a Jesús de mesa, niños y migajas. Dice el texto: “Ella le respondió: «Sí, Señor. Pero también los perritos comen bajo la mesa migajas de los niños» (Mc 7,28).

Quizás, justo en el momento en el que llega la mujer a buscar a Jesús, a él lo estaban recibiendo amablemente, con la mesa servida y la familia reunida. Padres, niños, y hasta perritos, las mascotas de los pequeños estaban en aquella casa.

Pensemos que mientras la mujer escuchaba, postrada a los pies de Jesús, su respuesta respetuosa pero ineficaz para el momento, logró captar la escena familiar, donde un chiquillo, de forma silenciosa y en compasión por su amigo canino, deja caer accidentalmente migajas de aquello que él mismo come. El niño está feliz y quizás con una mirada cómplice se regocija porque su perro comió y está satisfecho. Esto inspira la respuesta de la sirofenicia. La mujer pide a Jesús que abra los ojos a una nueva manera de verse, como una gran familia donde todos pueden ser cobijados, y donde incluso los perritos son importantes. Ella le pide a Jesús que se vea como el niño, como el pequeño que es capaz de establecer amistad con aquel que no tiene posibilidades para ganarse el sustento. El perrito, a lo sumo, ladra, gime, mira, pero no puede hacer más por sí mismo, y para comer, lo único que le queda es esperar que alguien le dé un poco.

La mujer habló desde lo que vio, ella se sumergió en el contexto y captó en un gesto tan sencillo, una verdad impresionante, trascendente. Es como si dijera: “Sí, señor, pero ¿qué tal si nos vemos de otra manera? ¿Por qué no nos damos cuenta de que en la sencillez de la casa de familia la mesa tiene espacio y alimento suficiente para todos?; ¿Por qué nos cuesta tanto descubrir que hay otras perspectivas y que debajo de la mesa hay lugar para la amistad, la ayuda y la solidaridad?”

La mujer le dio a Jesús una respuesta desde su postración física y existencial. Ella le habló desde abajo y desde lo que se ve debajo de la mesa, sólo reconocible para aquel que se atreve a agacharse, el que se arriesga a ver la realidad con los ojos de los últimos: los niños, las mujeres, y todos aquellos que son vulnerados en su humanidad.

Las voces que provienen de los contextos nos hablan desde abajo, de todo lo que ocurre debajo de la mesa, donde los niños con sus manos alimentan y acarician y los adultos con sus pies ahuyentan. Debajo de la mesa es el punto inicial de la construcción de una fraternidad renovada donde la percepción de unos y otros cambia. Por ello, necesitamos ver a aquellos que están escondidos, no nombrados y para ello es preciso cambiar de posición y ubicarnos al mismo nivel de la mujer sirofenicia para mirar juntos debajo de la mesa.

Aprovechemos la riqueza emocional del texto, e imaginemos que la respuesta y la mirada de la mujer atrajo tanto la atención de Jesús, que este también se agachó y gozó por unos instantes de la es-

cena, donde uno de los niños de su amigo le daba trozos de pan a escondidas a un perrito de la casa, y, al verse descubierto, pedía mantener el secreto.

No podremos comunicar experiencias vitales que humanicen si nos empeñamos en seguir en una postura fría y alejados de quienes nos hablan, o bien, si seguimos inmersos en la hipnosis de contenidos placebos.

Es preciso agacharnos junto a ellos y ver las cosas desde abajo para descubrir caminos nuevos que nos acerquen unos a otros y nos permitan ayudar a nombrar a los marginados y desposeídos de la sociedad actual.

Cada uno está llamado a descubrir cuáles son aquellas interacciones y contenidos que pueden permitir estos encuentros bajo la mesa del Facebook, Instagram o TikTok. Es urgente esforzarnos por comprender la herida que está detrás de la ira de algunos, la violencia de otros y el llanto de muchos. Aprendamos a mirar todo cuanto ocurre debajo de la mesa y no temamos pasar el tiempo suficiente allí para observar y dejar que aquellos que siempre han estado junto a nosotros y no los hemos nombrado sean puestos frente a nuestros rostros.

Pasar del clic al abrazo: Tomar acciones concretas en favor del otro

El relato de Marcos continúa, “Él, entonces, le dijo: «Por eso que acabas de decir, puedes irte; el demonio ha salido de tu hija». Volvió a su casa y encontró que la niña estaba echada en la cama y que el demonio se había ido”. (Mc 7,29-30)

Jesús logró ver debajo de la mesa. La mujer ya no estaba detrás de él, a un costado o escondida. Ella ahora está frente a él y la ayuda adecuada se hizo real: su hija fue liberada de aquello que afectaba su humanidad.

Pero también Jesús fue liberado de su prejuicio y gracias a ello, nuevos horizontes se abrieron para los dos. Cuando hombres y mujeres aprendemos a nombrarnos mutuamente, ya ninguno está escondido y de manera recíproca ayudamos a sanar; y como en el relato de Génesis, llenamos el vacío con carne, con humanidad consciente y asumida.

La mujer nombró a Jesús de una manera diferente. Quizás en Tiro también tenían palabras despectivas para humillar a los judíos, quienes fuera de su tierra, debían luchar para ganarse el sustento en medio de burlas y estigmas por ser “de otra parte”.

La mujer ve en Jesús la ayuda adecuada, la ayuda frontal y diferente que requiere para que la influen-

cia deshumanizadora sobre su hija se aleje. De manera paralela, la mujer fue la ayuda adecuada para Jesús, la ayuda frontal que le permitió desarrollar su vocación con un horizonte más amplio, más envolvente e incluyente, donde Dios se mostraba de verdad, Padre de todos, que acoge a todos en su casa y todos pueden sentarse a su mesa a comer con dignidad.

La comunidad marcana recogió esta intuición al presentar a Jesús pasando luego por la Decápolis, abriendo los oídos y destrabando las lenguas de aquel territorio necesitado de comunicación. Y este recorrido fuera de los límites del legalismo religioso culminará en 8,1-10 como se debe: con una comida, donde no hay jerarquías, no hay vidas de mayor o menor categoría. No hay amos y perros. Hay hermanos, que comen el mismo pan.

Así como Eva es la madre de la vida o de los vivientes, la mujer sirofenicia se convirtió en la madre que dio vida a un territorio que estaba marginado, escondido. Muy seguramente, no solo su hija, sino más personas se vieron liberadas de todo aquello que deshumaniza e impide que la vida fluya con la fuerza y alegría propia.

Esta mujer ayudó a Jesús a relanzar la misión desde una nueva perspectiva abierta al mundo pagano. A partir de este encuentro se empeñó en un anuncio en el cual el Reino de Dios sería la plenitud de todos, gracias a la amistad y solidaridad al interior de la humanidad sin fronteras y su compromiso real, concreto, histórico con el aquí y el ahora.

Vemos como un hombre y una mujer que aprendieron a nombrarse para darse visibilidad establecieron una nueva creación libre de odios, que no forma unidad a base de anular la singularidad, sino haciendo brillar para el bien común la marca diferencial. A este punto nos debe llevar un uso humano y evangélico de la tecnología y las redes, a nombrarnos de maneras siempre nuevas porque hemos sido capaces de mirar donde nadie mira, conversar con quien nadie conversa, y actuar donde otros prefieren huir.

Conclusión

Después de todo esto, ¿qué podemos decir? Es necesario que nos atrevamos a mirar más frecuentemente todo cuanto ocurre debajo de la mesa de nuestras aplicaciones del celular o nuestro computador, donde se supone que no pasa nada, pero está ocurriendo todo.

Mirar la vida desde abajo y con los de abajo, nos permitirá hacer un anuncio realmente encarnado, en el que sabremos reconocer y usar a favor las bondades de la tecnología, sin demonizarla. Quitemos los manteles de las mesas, agachémonos y veamos que ocurre, y trabajemos con pasión para que nadie más tenga que estar oculto mendigando vida.